

costado las marcas del amor de Dios hacia los hombres. El propio Jesús le impuso también, en esa misma época, su corona de espinas. Gema se deshacía en sentimientos de agradecimiento, pues de ese modo podía aliviar a Jesús y manifestarle su amor. Esas horas de sufrimiento eran también horas de gozo, por la intimidad tan estrecha que sentía con el Salvador. Gema intercedía entonces por las personas a las que amaba y también por los pecadores, además de pedir perdón por sus propios pecados.

Al principio del verano de 1899, unos religiosos pasionistas predicaron una misión en Lucca. Gema constató entonces con sorpresa que los Padres llevaban el mismo hábito que su «*fray Gabriel*». Oyó entonces en su corazón que Jesús le preguntaba:

«¿Te gustaría vestir también ese hábito? ... Serás una hija predilecta de mi Pasión. Uno de esos religiosos será tu Padre espiritual. ¡Ve y revélalo todo!».

La joven se confió a uno de los religiosos, el cual la puso en relación con la familia Giannini. Los esposos Giannini, que tenían doce hijos, recibieron con agrado a Gema en su casa, pues apreciaban su virtud y devoción, y le presentaron al Padre Germán, religioso pasionista, que se convertiría en su director espiritual. Gema le escribía con frecuencia y le obedecía en todo, llegando a despedir a Jesús cuando se había cumplido el tiempo de oración que el Padre le había fijado. Esa obediencia la protegió de las ilusiones diabólicas. El Padre Germán supo guiarla con seguridad y firmeza, dejando con gran cuidado que fuera el Espíritu Santo quien obrara en ella.

La existencia de Gema prosiguió llena de discreción y de humildes servicios: colaboraba asiduamente en las labores domésticas, remendaba y mantenía en orden la ropa de todos. A menudo, el éxtasis la sorprendía allí donde se encontraba, y una vez terminado, Gema continuaba sencillamente su trabajo en silencio. Deseaba ardientemente entrar en religión, pero las religiosas pasionistas temieron recibir a una postulante con una vida espiritual tan extraordinaria.

A partir de Pentecostés de 1902 cayó enferma y ya no pudo ingerir otro alimento que la Sagrada Comunión. Fue un período de intensa «reparación» ofrecida al Sagrado Corazón, y de especial intercesión por la santificación del clero. El 21 de septiembre aparecieron los primeros síntomas evidentes de tuberculosis pulmonar. Nuestro Señor le reveló que aún deberá superar un doloroso calvario: «*Necesito* –le dice– *una expiación inmensa, especialmente por los pecados y sacrilegios con que me ultrajan los ministros del santuario*». Durante varios meses soportó sin desfallecer tormentos indecibles, pero su amor incondicional a Dios le permitió ver en la luz divina el «escándalo del mal» y del sufrimiento.

En enero de 1903 fue trasladada a una pequeña habitación aislada, para evitar contagios. Allí moría el 11 de abril de 1903, Sábado Santo. Tenía veinticinco años.

Hojitas de Fe

Sed imitadores míos

424

5. Fiestas del Santoral

Vida de Santa Gema Galgani

El 2 de mayo de 1940, el papa Pío XII canonizaba a una joven italiana totalmente ignorada de la gente, pero que sería conocida gracias a la biografía que de ella haría su director espiritual, el Padre Germán de San Estanislao, sacerdote pasionista. La devoción a esta Santa, cuya fiesta se celebra el 11 de abril, no tardaría luego en extenderse rápidamente en la Iglesia.

1º Infancia de Gema Galgani.

Gema fue la quinta de ocho hijos, y nació el 12 de marzo de 1878 en Toscana, Italia. Al día siguiente recibió en el Bautismo el nombre de Gema. Su madre, Aurelia Landi, casada con Enrique Galgani, farmacéutico de Camigliano, era muy piadosa, y procuró transmitir a sus hijos su profunda fe, haciéndolos rezar, llevándolos a Misa y explicándoles cómo el buen Jesús dio su vida por nosotros. Aquellada de tuberculosis, no vivió más de ocho años tras el nacimiento de Gema.

En abril de 1878, la familia se estableció en la ciudad de Lucca, donde el señor Galgani había adquirido una amplia farmacia. Durante el año 1881, Gema fue a un parvulario donde se puso de manifiesto su aguda inteligencia. Su amor por la oración fue en aumento. Tenía unos cuatro años cuando su abuela la sorprendió en su cuarto con las manos juntas y de rodillas ante una imagen de la Virgen. «*¿Qué haces, Gema?*» –le preguntó tras contemplarla un rato–. «*Rezo el Avemaría. ¡Déjame, que quiero rezar!*», respondió la pequeña.

El 26 de mayo de 1885, a la edad de siete años, la niña recibió la Confirmación. Entonces, y por primera vez, oyó una voz interior que le decía:

–«*Gema ¿quieres darme a tu mamá?*» –«*Sí, a condición de que me lleves a mí también*». –«*¡No! Dámela voluntariamente... De momento debes quedarte con papá. Ya sabes que la llevaré al Paraíso*».

Y, en efecto, su madre moría el 17 de septiembre de 1886, a los treinta y ocho años, después de decir: «*Ofrezco mi vida para conseguir la gracia de volver a ver a mis ocho hijos en el Paraíso*».

2º Todos los días un 10.

Escolarizada con unas religiosas, Gema hizo su primera Comunión a los nueve años, el 17 de junio de 1887. Ese día descubrió hasta qué punto difieren las deli-

cias del Cielo de las de la tierra. «*Aquella mañana Jesús me concedió el deseo de ser religiosa*», escribiría más tarde a su director espiritual.

En clase, Gema destacaba en francés, aritmética y música, pero deseaba sobre todo conocer lo referente a la Pasión de Jesús. La maestra le prometió explicarle un punto diferente cada vez que sacara un 10 en clase. «*¡Estaba tan contenta! –escribiría–: todos los días sacaba un 10, y todos los días recibía mi explicación*».

Sin embargo, hacia la edad de doce años su fervor se enfrió un tanto. Su padre no le negaba nada, y ella misma se complacía demasiado en mostrarse elegantemente vestida. Pero conservó un gran amor por los pobres, hasta el punto de desvalijar la casa para dar limosnas. Ante semejante prodigalidad, su confesor le prohibió esas larguezas, y su padre dejó de darle con qué contentar su buen corazón. La joven terminó así por no salir, por miedo a encontrarse con pobres a los que no pudiera socorrer.

3° Las joyas de una esposa.

El 11 de septiembre de 1894, Gino, su hermano preferido, ya seminarista, sucumbió de tuberculosis. Desconsolada, Gema cayó enferma durante tres meses. Su padre la rodeó de atenciones y la colmó de regalos, entre ellos un reloj de oro, que llevó contenta en su primera salida. Al volver, su ángel de la guarda se le apareció por primera vez, y le dijo: «*Recuerda que las joyas que adornan a la esposa de un Rey crucificado no pueden ser otras que las espinas y la Cruz*». Desde entonces, Gema se aplicó a desprenderse de todo para agradar a Jesús; se la veía vestida con gran sobriedad y sin otro adorno que sus ojos claros y su sonrisa celestial. También se esmeró en combatir sus defectos y faltas, para conseguir la virtud de humildad.

En Navidad de ese mismo año, su confesor le permitió hacer el voto de castidad. Más tarde escribiría a su director espiritual:

«*Esta mañana, en la Comunión, Jesús me decía: “Ya ves, Gema, que en mi corazón hay una niña a la que amo mucho y que me ama mucho también. Esa niña me pide siempre amor y pureza, y Yo, que soy el verdadero amor y la verdadera pureza, le concedo tanto como puede recibirlo una criatura humana”*».

Gema, deseosa de parecerse a Jesús en su Pasión, le pedía también que la hiciera sufrir mucho para probarle su amor. No tardó en ser escuchada, ya que le salió un tumor en el pie que le provocaba vivos dolores, y que ella ocultaba como podía para que sólo lo supiera Jesús. El mal degeneró en caries de hueso, y los médicos, para no amputarle el pie, propusieron rascarle el hueso. Gema se reprochaba a sí misma «*sus lloros y gemidos*», pero sus familiares y médicos quedaron impresionados por su silencio y su sonrisa.

4° Amigos íntimos; padeciendo se aprende a amar.

En 1897, Enrique Galgani moría de un cáncer de garganta. Gema fue enviada entonces a casa de su tía paterna, a quien ayudó a llevar una ferretería, a satisfac-

ción de todos. Varios jóvenes la pidieron en matrimonio, mas ella, que deseaba pertenecer por completo a Jesús, declinó esas propuestas.

Un dolor en la espalda, debido a la enfermedad de Pot –una tuberculosis de huesos que afecta a la columna vertebral– no tardó en obligarla a regresar a Lucca. Pronto sufrió de parálisis y tuvo que permanecer en cama. Unas religiosas visitandinas que venían a cuidarla le propusieron entonces hacer una novena a Santa Margarita María para que la ayudase a curar o a bien morir. Durante esa novena leyó la vida de un religioso pasionista llamado Gabriel de la Dolorosa –fallecido en 1862 y canonizado en 1920–, con el que entabló gran amistad, ya que todas las tardes fray Gabriel se le aparecía para ayudarle a hacer la novena. Al final de la novena, y ante el asombro de los médicos, Gema estaba completamente curada. Y como Gema pensara en ingresar en la Visitación, fray Gabriel le aconsejó que prometiera tan sólo hacerse religiosa y consagrarse al Sagrado Corazón. Preguntándole ella el motivo, él le contestó enigmáticamente: «*Sorella mia! (¡hermana mía!)*».

A partir de entonces la vida de Gema se destacó por su sencillez y monotonía, y por una extraordinaria familiaridad con el mundo sobrenatural. Conversaba con los ángeles y santos como si de amigos íntimos se tratara. El Jueves Santo de 1899, Jesús crucificado le habló en estos términos:

«*Mira, hija mía, y aprende a amar. ¿Ves esta cruz, estas espinas y estas llagas? Todo es obra del amor, y del amor infinito. ¿Ves hasta qué punto te he amado? ¿Quieres amarme de verdad? Aprende a sufrir; padeciendo se aprende a amar*».

Al día siguiente, y por primera vez, Nuestro Señor le daba la Comunión de su propia mano, pues, por su estado, no tenía permiso para asistir a los oficios. Desde su habitación se unía a las ceremonias del Viernes Santo:

«*Vino mi ángel de la guarda y rezamos juntos. Acompañamos a Jesús en todas sus penas; nos compadecemos de los dolores de nuestra Mamá –así llamaba a la Virgen–. Pero mi ángel no dejó de hacerme un suave reproche al decirme que no llorara cuando tuviera que hacer algún sacrificio por Jesús, sino que lo agradeciera a quienes me ofrecieran la ocasión de hacerlo*».

En mayo de 1899, Gema llamó a la puerta de la Visitación de Lucca, pero por la extrema precariedad de su salud no pudo ser admitida. El 8 de junio siguiente, víspera del Sagrado Corazón, recibió la gracia de la estigmatización, es decir, de la impresión, en sus manos y en su costado, de llagas semejantes a las que recibiera Jesús en su Pasión:

«*Jesús apareció con sus llagas abiertas –relataba Gema–, pero de esas heridas ya no brotaba sangre sino llamas de fuego. En un instante esas llamas vinieron a tocarme las manos, los pies y el costado. Me sentía morir y habría caído en el suelo si mi Madre –la Virgen María– no me hubiera sostenido*».

5° Horas de sufrimiento y de gozo.

Hasta su muerte, cada semana, desde el jueves por la tarde a las 20 horas hasta el viernes a las 15 horas, Gema reviviría la Pasión, llevando en sus manos, pies y